

Nada de revolturas, de escrúpulos ni de tonteras

Fernando Torre, msp.

Jesucristo nos ha llamado a seguirlo. Quienes hemos respondido, nos esforzamos por vivir sus valores: amor, servicio, mansedumbre, pobreza... Pero corremos el peligro de vivirlos de manera rígida, escrupulosa o exagerada. Este peligro proviene de la radicalidad que exige el Evangelio y de que nuestro amor a Jesucristo quiere ser total y permanente. A lo largo de la historia de la Iglesia, tristemente, varias personas o grupos han caído en ese peligro.

Jesucristo es «nuestro sumo sacerdote santo, inocente, incontaminado» (Hb 7,26). Y nosotros queremos seguirlo viviendo su pureza.

Pureza: algo totalmente superado para quienes son indiferentes a Dios, al Evangelio y a la Iglesia. Pureza: virtud que, para algunos cristianos, es cosa del pasado. Pureza: una de las virtudes características¹ de la Espiritualidad de la Cruz.

La pureza evangélica abarca: virginidad, castidad, sexualidad bien integrada, modestia y pudor; vivir en estado de gracia y tener un alma adornada con virtudes; lucha contra el pecado (cf. Hb 12,4) e insolidaridad con el mal y con quienes hacen el mal (cf. Mt 7,23; Hb 7,26); templanza y dominio propio; rectitud de intención y transparencia...

Al querer vivir la pureza de Jesucristo, podemos caer en escrúpulos y mojigatería, en frialdad y altanería. Por eso, Concepción Cabrera, en una carta a su hija Teresa de María, en la que hace toda una catequesis sobre la pureza, le dice: «Pero nada de revolturas, de escrúpulos ni de tonteras: ya me entiendes»².

Vivir la pureza con sencillez, ardor y alegría. Agradecerla; es una gracia del Espíritu Santo. Aprovecharla; es un dinamismo vital que nos asemeja a Jesucristo y a la Virgen María. Disfrutarla. Irradiarla.

¹ Junto con el amor y el sacrificio.

² Carta escrita el 29 sep 1923, en *Cartas a Teresa de María*, México 1989, 414.